

EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: por don A. Pirala.—Plegaria (poesia), por doña Eloisa Gattebled de Santa Coloma.—La Corona de Violetas (continuacion), por doña Dolores Cabrera y Heredia.—El Destierro del Cid, por don Antonio de Trueba.—Variedades: Recuerdos de Alcalá de Henares, por don Enrique del Castillo y Alba.—Modas.—Explicacion del pliego de dibujos.

INSTRUCCION.

Consejos de una madre á su hijo, por la Marquesa de Lambert.

El fausto acarrea la ruina y la corrupcion de las costumbres: la avaricia aprovecha poco y deshonor mucho, y la conducta arreglada, el buen orden, evitan la vergüenza y la injusticia: la frugalidad y la economía son un gran fondo que hace frente á muchos gastos.

La verdadera emulacion no consiste en ostentar tanto como otras, sino en tener mas honor, mas probidad y mas rectitud; porque la pobreza del alma es peor que la de la fortuna.

Todo sonríe á la juventud y casi todo se puede en la juventud: domina sin saberlo y sin pretenderlo. Entonces es cuando se debe uno preparar para edad mas avanzada, en la que no quedan mas atractivos que los de la virtud.

Si uno supiera reducirse á su estado, no habria ni ambiciosos, ni envidiosos: todo estaria en paz; pero en vez de contentarnos con lo presente, nuestros deseos y esperanzas nos

llevan sin cesar á lo porvenir. Esto es una locura que alimenta una vida de engaños. Y nada necesita ser mas útilmente empleado que la vida; y de ella los primeros años en que se imprimen fácilmente los caracteres. Adórnese entonces la memoria de cosas precisas; se hace así la provision para toda la vida, y la memoria se forma y se aumenta con el ejercicio.

Se critica generalmente la curiosidad: es criticable sin duda; pero no deben apagarse sus sentimientos si son dirigidos á un buen objeto: si se hace de la curiosidad un principio de conocimiento que conduce pronto al camino de la verdad. Es entonces una inclinacion de la naturaleza que va delante de la instruccion y no se la debe contener.

Es necesario que una jóven tenga docilidad y poca confianza de sí misma; pero tiene la docilidad sus límites. En religion se cede á la autoridad; en lo demas no se debe ceder sino á la razon y á la evidencia. No se trata del respeto y veneracion que merecen los padres. Encerrar uno sus ideas en las de otros, es limitarlas, es abdicar de ellas. El testimonio de los hombres no puede ser creído mas que á proporcion del grado de certidumbre que se han adquirido instruyéndose de los hechos; no hay prescripcion contra la verdad; es

para todas las personas y para todos los tiempos.

Hágase mas uso del entendimiento que de la memoria ; no llenemos la cabeza de ideas extrañas, sin sacar nada de nuestro propio fondo ; pues no se adelanta mucho ni se perfecciona nuestro juicio cargando la memoria de historias y de sucesos. Es menester saber pensar para estender el talentó y aumentarle ; para aprovecharse de él , cuando nuestras desgracias necesiten de su razon y sus consejos.

Las mujeres son las que mas deben arreglar su imaginacion, porque se gobiernan ordinariamente por ella ; y como no suele estar ocupada en cosas sólidas, se entregan comunmente á sus diversiones, espectáculos, trajes, novelas y afectos, todo lo cual es del imperio de la imaginacion.

Si esta se crea ó se conserva delicada, viva y demasiado ardiente, es un obstáculo á la felicidad, por lo que hace sufrir.

Con una verdadera idea de las cosas ; no juzgando como el vulgo ; no cediendo á la opinion ; desechando las preocupaciones ; examinando lo que causa pena ; separando todo lo falso que la cerca, y todo lo que aumenta la imaginacion, se verá que nada queda de lo que se suponía una desgracia.

Esta especie de filosofía es fácil, y está en mano de todos el poseerla para labrar su fortuna.

A. Pirala.

LITERATURA.

PLEGARIA.

Señor, de mi patria lejos
Cruzo en mísera orfandad
El camino de la vida
Donde solo sé llorar.
Mas enséñame á decir :
Cúmplase tu voluntad!

Por mas que aciaga la suerte
Me muestre airada su faz,
Haz que no llegue mi lábio
Del destino á murmurar,
Y siempre, siempre repita :
Cúmplase tu voluntad!

Y aunque suspire mi alma
Por penas de la amistad,
Y llore los desengaños
Que en el mundo encontrará,
Haz que el lábio siempre diga
Cúmplase tu voluntad!

Si me mandas que renuncie
A lo que mas llegue á amar,
Si de la melancolía
Padezco el horrendo mal,
Haz que el corazon repita
Cúmplase tu voluntad!

Si el alma despedazada
Bendices, Dios de piedad!
Si me la conservas pura
¿Qué me importa lo demás?
Siempre te dirá mi lábio :
Cúmplase tu voluntad!

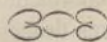
Si la vida que me diste
Para tu nombre adorar,
Consumiese poco á poco
En penosa enfermedad;
Aun te diria : ¡Dios mio!
Cúmplase tu voluntad!

Mis mas dulces esperanzas
Renueva con tierno afán :
Confúndelas con las tuyas ;
De mí aparta la maldad :
Y haz que repita mi alma
Cúmplase tu voluntad!

Y cuando en la sepultura
Ya no te pueda elevar
La oracion que con mi llanto
Mezclaba, Dios de bondad!
Haz que en mas feliz ribera
Pueda mi voz pronunciar ;
Ese grito de mi alma
Cúmplase tu voluntad!

ELOISA GATTEBLED DE SANTA COLOMA.

Julio de 1856.



LA CORONA DE VIOLETAS.

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

El señor de Ramirez salió, y tendió á Julio su mano.

—Viene vd. á decirnos adios?

—Sí señor, y es hora ya de marchar, dijo levantándose con resolucion.

Isabel reprimió un gemido.

—Julio, dijo la jóven con voz ahogada, prometo á vd. no olvidarle jamás! No me olvide vd. tampoco, porque nadie le amará tanto!

El señor de Ramirez le abrió sus brazos: Julio se arrojó en ellos, y permaneció algunos segundos. Sin añadir una palabra, se acercó á Isabel, y la presentó su mano, trémula, helada: la jóven dejó caer la suya: Julio la estrechó con un movimiento convulsivo, y soltándola de pronto se dirigió á la puerta: despues de abrirla, volvió la cabeza: vió á su amada mas pálida que nunca; retrocedió, y con voz entrecortada y casi inteligible la dijo inclinándose hácia ella: «Juro, bajo mi palabra de honor, no amar nunca á otra mujer.»

Isabel le tendió de nuevo su mano presentándole su pañuelo humedecido con sus lágrimas.

El jóven lo tomó, lo llevó á sus lábios, y lo puso sobre su corazon.

—Aquí, la dijo, lo llevaré siempre, como la memoria de vd. en mi alma. Si muriese, un amigo la devolverá este pañuelo: mientras viva no se separará de mí!

Julio salió entonces precipitadamente: bajó corriendo la escalera, cruzó varias calles, sin ver ni atender á nada, y llegó al cuartel en el momento en que la tropa empezaba á formar.

Isabel oyó desde su casa los ecos de la música del regimiento, que pasó no lejos de la calle donde vivia. Poco á poco fueron debilitándose los sonidos de aquella marcha guerrera: cuando dejaron de oirse completamente, Isabel por un impulso irresistible cayó de rodillas, y juntando sus manos:

—Dios mio! Dios mio! exclamó, salvad su vida á costa de la mia: tened piedad de los dos!

CONCLUSION.

Cerca de siete años habian pasado desde aquella despedida. La guerra civil, contra la opinion de to-

dos que la veian mas encarnizada que nunca, estaba próxima á terminarse.

Durante aquel tiempo, no pocos jóvenes gozando de una elevada ó brillante posicion, habian solicitado la mano de Isabel, que fiel siempre á la memoria de Julio, rechazó constantemente sus proposiciones.

Julio entretanto la escribia, aunque no con frecuencia. Gracias á su arrojo, que rayaba en temeridad, á sus conocimientos militares, á su acertada decision en ocasiones difíciles habia ascendido con extraordinaria rapidez, sin que nadie pudiera decir que lo debia á la intriga ni á la adulacion: dos filones, á cual mas productivos, en estos tiempos de ilustracion para los que no tienen vergüenza en esplotarlos.

Todos sus sueños se realizaban por fin!

A principios de Abril de 1840 Isabel recibió una carta suya. «Pronto, la decia en ella, podré conseguir el deseo mas ardiente de mi vida: la suerte ha sobrepujado á mis esperanzas: cuando el nombre de un ángel nos protege, cuando su memoria nos alienta, cuando su imágen nos consuela, el triunfo es seguro: se puede decir cómo los antiguos caballeros de la edad media al emprender el combate: *Dios pelea por nosotros*. Si algo he hecho ha sido impulsado por ese amor que era mi guia y mi esperanza, y ha de ser pronto mi felicidad. Una sola hora, como las de hace siete años, me compensará suficientemente todas las fatigas de la campaña, todos los peligros y azares de la guerra!»

Al leer Isabel aquella carta creyó volverse loca de alegría. Julio fijaba para un término muy corto su regreso á Madrid. La jóven contaba con afan hasta los dias que la separaban de él.

Llegó en esto el 6 de Abril. Todos los años en igual dia, aniversario de su primer encuentro en la calle de Carretas, recibia Isabel un ramo de violetas á nombre de Julio que se las mandaba entregar. ¡Dulce recuerdo que al través de la ausencia tenia el poder de hacer sentir á la que lo admitia en favor del que lo enviaba!

Isabel extrañó no recibir aquellas lindas flores, emblema de su amor, en el momento de despertar. Se levantó triste, preocupada, y con el corazon oprimido por un temor inesplicable. Aguardó en vano hasta las dos. A esa hora, y viendo que su papá no salia de su habitacion entró á llamarle. Estaba en compañía de un antiguo amigo, y sosteniendo al parecer una conversación muy interesante: en cuanto oyeron abrir la puerta se pararon, como

sorprendidos, y vió Isabel que su padre hacía una seña á su interlocutor como indicándole que callase; la turbacion sombría de los dos empezaba á inquietarla sin saber porqué.

Al salir la parecia oir estas palabras: «qué desgracia! morir tan joven!»

No podian aplicarse á cualquiera? Sin embargo la hicieron estremecer.

Se volvió á su cuarto: allí tambien habia al parecer conferencias y misterios. Mariana llorando amargamente, hablaba con el aya, pero en voz tan baja que Isabel nada oyó. La precipitacion con que Mariana enjugó sus ojos, llamó aun mas su atencion, y recordando de pronto las palabras que habia oido en el cuarto de su padre.

—Ah! exclamó con una risa convulsiva, mas espantosa mil veces que los sollozos y las lágrimas: Julio es quien ha muerto, y no me lo quieren decir!

Ninguna de las dos contestó, pero aterradas ante aquel dolor, parecido á la locura, se adelantaron para recibirla en sus brazos, donde cayó sin sentido.

Ocho dias pasó delirando, entre la muerte y la vida: cuando los médicos creyeron salvada su existencia desconfiaron de que recobrase su razon: sus ideas eran tan confusas, sus palabras tan incoherentes, su insensibilidad tal, que se asemejaba al idiotismo. A una sola persona reconocia; era á su padre. A veces le llamaba, se-asía á su cuello y empezaba á sollozar, pero sin derramar una lágrima, y de pronto dejaba caer su cabeza sobre la almohada y la risa sardónica contraia sus lábios y desgarraba su pecho.

(Se concluirá.)

DOLORES CABRERA Y HEREDIA.

EL DESTIERRO DEL CID.

I.

El traidor Bellido Dolfos habia dado muerte al rey D. Sancho cabe los muros de Zamora, y D. Alfonso se encaminaba á Búrgos á ceñir su frente con la ensangrentada corona de su hermano. Cien pasos estaria de la ciudad, cuando á las puertas de esta aparecieron los mas nobles patricios de Castilla conduciendo un pendon velado con una gasa negra.

Los castellanos se pararon é hicieron seña á

D. Alfonso para que los imitara. Entonces se adelantó Rodrigo Diaz de Vivar, y despues de saludar al hijo de D. Fernando el Grande, no como á rey sino como á caballero, le dijo:

—¡Don Alfonso! heredero sois del reino de Castilla, y nadie osará disputar vuestro derecho. Castilla es un pueblo honrado que siempre veneró y ayudó á sus señores; mas ¿cómo podrá venerarlos y ayudarlos si por honrados no los tiene? Por bueno se os tuvo siempre en Castilla; mas hoy pesa sobre vos una sospecha infame, y habeis menester destruirla antes que por vos alce pendones esta tierra siempre leal. Ya sabeis que el puñal de un asesino arrancó la vida á vuestro hermano D. Sancho en el cerco de Zamora. Para que Castilla os ame y respete, habeis de jurar en Santa Gadea, puesta la mano sobre el Santo Evangelio, que no tuvisteis parte en la muerte de Don Sancho.

La indignacion habia ido encendiendo el rostro de D. Alfonso mientras el Cid hablaba así, y todos los circunstantes, menos el glorioso caudillo castellano, temblaban viéndola próxima á estallar.

—Justicia de Dios! exclamó D. Alfonso. ¿Quién es el que se atreve á hablarme así? ¿Quién osa pedirme ese vergonzoso juramento?

—¡Rodrigo Diaz de Vivar! contestó el Cid, no con insolente altivez, mas si con respeto y firmeza.

—Renunciára, poco es el reino de Castilla, sino el imperio del mundo, antes que sufrir la humillacion que me proponeis, Cid. ¿Un buen caballero desconfia de mi lealtad hasta sospecharme cómplice de la muerte de mi hermano? Os devuelvo á la faz á vos y á cuantos como vos piensan la infamia con que quereis mancillarme.

—Señor, replicó el Cid, ved que rehusando la jura, dais nuevo motivo á la sospecha...

—Pues bien, exclamó D. Alfonso interrumpiendo á Rodrigo, ¡paso al templo! Pero ¡hay de los que me insultan! ¡Ay del que se atreve á humillarme cual nunca vasallos humillaron á señor!

—Despues de la jura, contestó humildemente el Cid, mi señor sereis, y de la vida y la hacienda de vuestro vasallo podreis disponer.

Castellanos y leoneses, que leoneses eran los que acompañaban á D. Alfonso, se encaminaron á la iglesia de Santa Gadea, conduciendo D. Diego Ordoñez de Lara el enlutado pendon de Castilla.

D. Alfonso y el Cid se acercaron al altar, á cuyo pié se arrodilló el primero poniendo la mano sobre el libro de los Evangelios, que Rodrigo tenía en las suyas. Muchos ricos-homes colocados en torno contemplaban entre admirados y temerosos aquella escena, y el pueblo se agolpaba á las puertas del templo en silencio deseoso de oír el juramento del Principe por quien iban á alzarse pendones.

—¡Don Alfonso! dijo el Cid con voz firme y robusta, ¿jurais por los Santos Evangelios que no tuvisteis parte en la muerte de D. Sancho II vuestro hermano?

—Si, juro! contestó D. Alfonso.

—Si con verdad jurais, continuó el Cid, solo venturas y prosperidades tengais en la tierra y seais salvo de los tormentos del infierno; mas si vuestro juramento es falso, os maten villanos de las Astúrias de Oviedo, que no de Castilla; muerto seais con ahijadas, que no con lanzas; abarcas calcen los que os maten y cabalguen en jumentos, que no en caballos ni en mulas; os maten en las aradas, que no en villas ni en aldeas; os saquen el corazon por el costado siniestro, y al infierno vayais con Judas el traidor.

—Así sea, contestó D. Alfonso con mal reprimida indignacion.

Entonces el Cid colocó los Evangelios sobre el altar, y como se alzara D. Alfonso, hincó á sus piés la rodilla y le besó la mano, imitándole los ricos-homes que estaban presentes.

Y D. Diego Ordoñez de Lara rasgó el negro cendal que velaba el pendon, y saliendo con éste al átrio del templo, gritó por tres veces:

—¡Castilla por D. Alfonso el VI!

El pueblo repitió este grito con alegría y entusiasmo, y en diferentes puntos de la ciudad se alzaron estandartes y resonaron pregones anunciando que el trono de Castilla estaba ya ocupado. El Cid se encaminó á Vivar aquel mismo día.

La mañana siguiente vióse una espesa columna de humo que se alzaba al fin del horizonte entre Oriente y Mediodía. Era una de las ahumadas que se hacian en las atalayas para avisar cuando los moros traspasaban la frontera.

Rodrigo estrechó en sus brazos á Jimena y á sus hijas, cabalgó en Babieca armado de todas armas, y seguido de doscientos caballeros, partió para la frontera apellidando la tierra á su paso.

II.

Era una apacible tarde de primavera, y los villanos de las cercanías de Vivar trabajaban en los campos, no entonando alegres cantares como otras veces, sino callados y tristes.

¿De qué provenian aquel silencio y aquella tristeza?

Cada vez que dirigian la vista al castillo de Vivar que se alzaba, tambien callado y triste, en una colina inmediata, suspiraban dolorosamente y dejaban escapar de sus lábios algunas palabras en las que se mezclaban el nombre del Cid Campeador, el del Rey y el de algunos cortesanos, elogiando y compadeciendo al primero, y censurando y maldiciendo á los últimos.

Pero hé aquí que por una loma que limita el horizonte por el lado de Levante, asoman como medio centenar de caballeros en arnés de guerra, y al verlos reina una agitacion estrema entre los villanos, los que se apresuran á abandonar sus labores, encaminándose á sus casas diseminadas en aquellas inmediaciones, como suelen hacer en tiempo de guerra á la aproximacion del enemigo.

—¡El Cid Campeador! esclaman con espanto, y en breve quedan los campos desiertos.

¿Es enemigo el Cid Campeador de aquellas gentes? Y si lo es, ¿cómo los villanos le bendecian hace algunos momentos?

Los caballeros que asomaron por la loma continúan hácia el castillo.

—¡Por San Pedro de Cardena, que me espanta la soledad que reina en mi señorio! Dice uno de los que caminan los primeros y en cuya lanza ondea un pendon verde.

—Cierto, contesta otro, que por ningun lado se descubre varon ni hembra, aunque al asomar por la loma nos pareció ver poblados de labriegos estos campos.

—¡Ah, señor! exclama sobresaltado un mancebo que camina á la diestra del que llevaba pendon verde, tambien está desierto el castillo, que si así no fuera no estarian cerradas sus ventanas, y mi señora doña Jimena no nos dejará llegar sin asomarse á vernos.

—Verdad dices, Gil, grandes desgracias han de haber sucedido en Vivar, en tanto que nosotros andábamos á la guerra.

—¿Y no calculais, buen Cid, qué desgracias pueden ser esas? preguntó otro caballero. A fé de

Martin Antolinez, os juro que si alguien ha osado ofender á vuestra mujer y á vuestras hijas, gastaré todos mis haberes alzando gente con que vengaros.

—Y Alvar Fañez Minaya otro que tal.

—¡ Todos gastarémos en vuestro servicio el último maravedí de nuestras arcas y la última gota de sangre de nuestras venas!

—¡ Si, si, y maldiga Dios al que en un caballo ofenda á tan buen caballero como vos sois! Se apresuraron á añadir todos los que componian el resto de aquella corta pero lucida mesnada.

—De corazon os lo agradezco, dijo el Cid conmovido y alborozado, al ver en torno de sí tan leales amigos. Ya sé, añadió, que sois tan generosos amigos como esforzados lidiadores. Mas harto temo que no me sea dado combatir á mis enemigos, porque tiran la piedra y esconden la mano: malquistarme con el Rey aquellos que cara á cara me adulan en la corte, y el Rey viene á ser el instrumento de su envidia y sus rencores, de manera, amigos míos, que para vengar los agravios que recibo hubiera menester osar á mi Rey y señor.

Todos los caballeros guardaron silencio ante la observacion de su noble caudillo.

Gil, el hermoso mancebo que caminaba á la diestra del Cid, parecia el mas caviloso y triste de todos, y sus ojos estaban constantemente fijos en las ventanas del castillo que continuaban cerradas.

El Cid le miraba con la ternura de un padre, y parecia comprender perfectamente el sentimiento que dominaba en su alma.

Los caballeros se acercaron al fin al castillo.

(Se continuará.)

ANTONIO DE TRUEBA.

VARIEDADES.

RECUERDOS DE ALCALÁ DE HENARES.

A la Señora

D.^a MARÍA SALMON DE DIAZ PEREZ.

I.

Colegio mayor de San Ildefonso.

« A fines del siglo XV en que ya el esplendor de la media luna estaba cercano á su ocaso, las

« ciencias y las artes, que hasta entonces habian
« permanecido desatendidas entre los españoles,
« principiaron á desarrollarse y á dar señales de vi-
« da: viéronse entonces multiplicarse por todas par-
« tes las Universidades y los Colegios, á los que con-
« curria presurosa la juventud, que ya no se veia
« precisada como en los tiempos anteriores á empu-
« ñar la lanza y embrazar la adarga á cada instante
« para defender su libertad y propiedades amena-
« zadas por los árabes. De aquella época data la fun-
« dacion de las célebres Universidades de Santiago,
« Valencia, Sigüenza, Sevilla, Toledo, y otras
« varias fundadas, la mayor parte por eclesiásticos,
« los cuales libres de la fatiga y tumultos de la guer-
« ra, gozaban una posicion ventajosa para el cul-
« tivo de las ciencias. »

De este modo se espresa cierto escritor contemporáneo, y nosotros añadiremos que reinando Don Alonso el Noble, solicitó y obtuvo su permiso el Arzobispo de Toledo, D. Gonzalo, segundo de este nombre, para crear en Alcalá de Henares una Universidad, pero que no llegó á verificarse tal proyecto, hasta que en 1498 el Cardenal Fr. Francisco Jimenez de Cisneros, Arzobispo de dicha diócesis, nacido en Torrelaguna y muerto en Roa á 8 de Noviembre de 1517, á mas de 80 años de edad, quiso llevar á cabo la idea de su predecesor; y á las cuatro de la tarde del día 28 de Febrero de 1498, despues de trazar el plano el arquitecto Pedro Gumiel, colocó la primera piedra, siguiéndose aceleradamente la obra, que por entonces debió ser de ladrillo y tierra. A mediados de 1508 se hallaba ya concluido lo mas preciso, y Cisneros por sí mismo, inauguró la Universidad en 26 de Julio del propio año, dándola el título de *Colegio mayor de San Ildefonso*. Nombró Cancelario á Pedro de Lerma, abad de San Justo, vinculando el empleo en los abades sucesivos; y por rector del Colegio, que lo habia de ser tambien de la Universidad, á Pedro Campos, uno de los colegiales que habia traido de Salamanca, siendo los otros Miguel Carrasca, Fernando Balbases, Bartolomé Castro, Pedro Santa Cruz, Antonio Rodrigo, y Juan de la Fuente. Los primeros catedráticos que puso fueron: de teología escolástica, Gonzalo Gil, de Búrgos; de teología de Escoto, Fr. Clemente de San Francisco; de teología tomistica, Pedro Ciruelo, de Daroca; de lógica, Miguel Pardo, de Búrgos; de física, Antonio Morales, de Córdoba; de retórica, Alonso Ferrara, de Talavera; de griego, Demetrio Creta, italiano; de hebreo, Pablo Coronel; y un tal Loranca y Salceo, de derecho Canónico. Cisneros prohibió

que se enseñase el derecho civil en la Universidad, á la que dotó con bienes considerables; y en 1513, en que vino el sábio Antonio Nebrija á ponerse bajo los auspicios de nuestro Cardenal, tuvo la satisfacción de ver dentro del Colegio al rey D. Fernando el Católico, quien preguntándole, *cómo habiendo sacado tan magníficos planos y diseños de los mejores arquitectos de España, era toda la fábrica de tapias de tierra y ladrillo*, le contestó Cisneros, *al que está en la edad en que yo estoy, no debe perder tiempo; pero me consuelo con que V. M., sus sucesores y los colegiales, la edificarán de mármoles algún día*. Treinta años despues, siendo Rector D. Juan Turbulan, levantóse la hermosa fachada de piedra que hoy subsiste; y aunque su arquitectura no es hija legítima de los cinco órdenes conocidos, tiene caprichoso artificio, siendo muy de notar un gran cordon franciscano de piedra, que corre debajo de la cornisa del tercer cuerpo, de un extremo al otro, y desde allí cuelga hasta el zócalo. Ejecutó la obra el famoso Rodrigo Gil de Ontañón, maestro de cantería de la Catedral de Salamanca, y natural de Rascafría, cerca del Pualar, en el Valle de Lozoya, ayudado de Pedro de la Cotera, y la terminaron en 1553. Corona el edificio una barandilla con veinte y cuatro torres pequeñas, que contienen una letra, y todas ellas convinadas dan el siguiente lema:

En luteam olim marmoream nunc.

La parte baja del claustro conduce á las cátedras de la Universidad; en el segundo cuerpo están la mayor parte de las oficinas, Contaduría, Secretaría, Tribunal académico, Rectoral, Biblioteca, y Sala de Claustros; el tercer cuerpo se destinó á varias habitaciones, hace tiempo inhabitadas. El primer patio consta de noventa y seis columnas dóricas, y le dirigió José Sopena, natural del Valle de Liendo, partido de Laredo, provincia de Santander; cuya sepultura y la de Pedro Gumiel se ven en la iglesia del Colegio con estas inscripciones:

*So aquesta piedra iace Joséf Sopena.
La piedra le dió el sér, i lo acabó la
piedra en liezo, en 16 de Enero, Año
de 1676. Fué Architecto maior de
..... s f n sign. do. Et fué ná-
tural de la Valle de Liendo, Diócesis
di Búrgos. R. Y. P.*

*Petrus Gomelius Complutensis Academia
Architectus. Card. Hisp. Fvndatoris per-
misv. Sibi et suis. V. F.*

El segundo patio llamado de los *Filósofos*, y antiguamente de los *Continuos*, es de grandes dimensiones. El tercero ó *Trilingue*, está cerrado por treinta y seis columnas de orden jónico, lo hizo el referido Cotera en 1557, y daba entrada al *Paraninfo*; salon de grados mayores, que para embellecerlo fueron traídos los mas célebres adornistas del siglo XVI; ya no resta de su ornato mas que un artesonado de madera muy deteriorado, con molduras que estuvieron doradas, y algunas labores góticas en la parte superior de la pared, deslucidas y estropeadas. Por el estilo de este salon es la Iglesia, aunque mas lóbrega, y está separada por medio de una gran berja de la capilla mayor, en la que yacia el sepulcro del cardenal Cisneros, trasladado luego á la iglesia Magistral, única de este título en España, que fué concedido por el Papa Leon X. Dicha cama sepulcral, trabajada con suma perfeccion en bellissimo mármol blanco, por *Mesér Domenico Florentino*, levanta del suelo como dos varas, y tiene multitud de graciosos adornos. En las cuatro fachadas de la urna hay doce nichos, y en medio de cada lado, una medalla con figuras de ángeles, santos, etc. Puestos en los cuatro ángulos del sepulcro, se ven otros tantos grifos, y encima, en el plano del colchon que sostiene la cabeza de Cisneros, los cuatro doctores de la Iglesia. A los piés de la cama, en una tabla de mármol alzada por dos ángeles, se lee la siguiente inscripcion, que dicen fué hecha por el doctor Juan de Vergara en su mocedad:

*Condideram musis Franciscus grande liceum
Condor in exiguo nunc ego sarcófago,
Prætextam junxi sacco galeamque galero
Frater dux præsul cardineusque pater
Quin virtute mea junctum est diadema cucullo
Vum mihi regnanti paruit Hesperia.*

Obiit Roac vi. id. novem.

M. D. XVII.

Que traducida al castellano significa: *Yo Francisco que hice levantar un magnífico liceo en honor de las musas, soy el que yace en este reducido sarcófago. Vestí la púrpura sobre el sayal, y usé igualmente del casco y del sombrero. Fraile, cau-dillo, ministro y cardenal, llevé á un tiempo sin*

pretenderlo la diadema y la cogulla, cuando España me obedeció como á su Rey. Murió en Roa á 8 de Noviembre de 1517. Costó esta obra 2,100 ducados de oro. Rodea al sepulcro una reja ó balaustre de mucho primor, principiada en 1566 por Nicolás de Vergara, vecino de Toledo, y concluida en 1593 por su hijo, llamado también Nicolás. Las verjas están adornadas de lindos follajes y mascarones, y en las estremidades se elevan sobre su cornisa unos pedestalitos que contienen varios jarrones. En uno de dichos pedestalitos se escribieron estos versos:

*Advena marmoreos mirari desine vultus
Factaque mirifica férrea claustra manu;
Virtutem mirari viri, quæ laude perenni
Duplicitis, et regni culmine digna fuit.*

Que en nuestro idioma quieren decir: *Deja caminante de admirar esos mármoles y balaustres de hierro, con tanto primor trabajados, y contempla las virtudes del ilustre varón que encierran, digno por tantos títulos de alabanza, y de ser dos veces elevado á los mas eminentes destinos del Estado.* La Biblioteca de la Universidad se componia de cuatro salas; la primera, que era la mayor, con una estantería dividida en dos cuerpos, quedando entre ambos un tránsito suficiente para alcanzar con facilidad los libros colocados en alto; la mayor parte de éstos, eran de autores antiguos de teología y medicina; la segunda sala servia de índice; y las dos restantes se decian reservadas. En esta Biblioteca se custodiaba la famosa *Biblia poliglota complutense*, impresa á espensas y por diligencia de Cisneros, segun unos, á principios del siglo XVI en Amberes, y segun otros, en 1514 por *Arnoldo Guillermo Brocario*, en la misma ciudad de Alcalá de Henares, donde se redactó con la cooperacion de Antonio de Nebrija, Diego Lopez de Zúñiga, Juan de Vergara, Demétrio Ducas, Cretense, para el griego y latin; y de Alonso de Zamora, Fernando Pinciano, Pedro Coronel y Alonso el Médico, para el hebreo y demas lenguas orientales.

ENRIQUE DEL CASTILLO Y ALBA.

MODAS.

Todo es hoy aéreo y vaporoso en la Moda, que trasformada en Sifide ostenta cada día mas riqueza en el conjunto de su toilette, gusto mas distinguido en sus detalles.

Las telas de seda mas en boga son siempre los

grosés chinés, los de listas anchas, de colores claros, para traje vestido, de tintas mas cubiertas para calle y paseo: continúan las de cuadros, y esas infinitas y á cual mas lindas disposiciones que se ofrecen á la vista, frescas y tentadoras, en los nuevos almacenes de la calle de Espoz y Mina.

La hechura de los vestidos varia poco: se ven algunos cuerpos de talle redondo: los mas de forma de aldeta.

Los volantes, siempre en favor, como adorno tan airoso en las telas ligeras: hay la mayor variedad en su guarnecido, como tenemos indicado en nuestras revistas anteriores, pero ninguno tan lindo, como los rizaditos de cinta estrechita, del género de los que tanto se llevan y tan bien sientan en las manteletas y echarpes. En algunos vestidos de muselina, bordada á cadeneta, se suele poner en la falda, á la altura de la rodilla, un follado de la misma tela ó de muselina lisa, por cuyo centro se pasa una cinta de color, de la que se coloca un lazo á cada lado, con cabos flotantes.

El cuerpo es de chaqueta, y se repite el mismo adorno en la aldeta y delantera del pecho, que lleva sus lazos correspondientes, lo mismo que las mangas, que ordinariamente llevan dos volantes.

Son muy bien vistas todavia las chaquetas de tafetan negro, guarnecidas de flequillos ó de encaje. Las de tul negro y los canesús blancos también están muy admitidas.

En la forma de manteletas no observamos gran novedad: continúan en favor las de punta de pañuelo, pero la mas generalizada es la manteleta echarpe, que es la que mas conviene á las jóvenes. Las de punto negro con dos volantes, ó con uno muy ancho, son de extrema elegancia. Se llevan también de muselina blanca, ó de organdi, aquellas guarnecidas de anchos volantes bordados, éstas de graciosos adornos, en los que el buen gusto y el capricho entran por mucho.

AURORA PEREZ MIRON.

Explicacion del pliego de Dibujos.

Núm. 1. *Floreado* para mangas, pieza de pecho, gorra, etc., bordado á la inglesa y pasado.

Núm.^s 2, 3, 4, 5, 6 y 7. *Entredoses*: bordados varios.

Núm. 8. *Esquina de pañuelo*: bordado á realce y feston.

Núm.^s 9, 10, 11, 12 y 13. *Nombres y cifras*: bordados varios.

